

La Derecha vista desde afuera

LOS sectores de derecha aparecen, en este momento, fragmentados en más de diez partidos o movimientos de desigual peso que levantan cinco candidatos a la Presidencia de la República. No han logrado aún afinar un pacto electoral ni cuentan con una plataforma programática común. Tampoco poseen una visión más o menos coherente respecto del régimen autoritario y su valoración ni comparten un proyecto para el futuro.

Es probable que la derecha supere varios de sus problemas y deficiencias en los días y semanas que vienen.

Lo que no podrá hacer, en cambio, es contrarrestar a corto plazo su mayor problema, cual es la pérdida de su **capacidad dirigente** en medio de la sociedad.

La derecha chilena descansa, en efecto, sobre dos grandes pilares que le proporcionan su poder. Expresa y representa en la esfera política los intereses del empresariado y vehiculiza una ideología que exalta los valores de "ley y orden". La fusión de ambas líneas o motivos (propiedad del capital y orden) convierte a la derecha en la expresión natural de un grupo social reducido, pero le permite, ocasionalmente, cuando esos valores son amenazados, transformarse en un "frente" más amplio que aboga por la normalidad, la conservación de las instituciones establecidas y

“

A la derecha le hace falta tener una base de sustentación más amplia y una ideología más variada y menos defensiva ”

”

la defensa de todas las clases y grupos que rechazan el cambio social motivado por la agitación, la movilización, el desborde de la legalidad y los desplazamientos bruscos del poder.

Para poder ser clase dirigente, con capacidad por tanto para dirigir moral, intelectual y políticamente a la sociedad, le hace falta a la derecha tener una base de sustentación más amplia y una ideología más variada y menos defensiva.

Durante el último cuarto de siglo sólo ha podido hacerse con el poder merced a su subordinación a un régimen militar. Ahora, al terminar éste, invade a la derecha un gran fatalismo y una visible desesperanza. Percibe, efectivamente, que ella no cuenta por sí misma en la sociedad. Que su arraigo electoral es limitado y que su base de apoyo social es precaria. Constata, asimismo, que su



**Escribe
JOSE JOAQUIN
BRUNNER**

peso específico propio es escaso: frente a la Iglesia, en las poblaciones, en las principales ciudades, entre los sectores más educados, entre los jóvenes, en las universidades, en el mundo intelectual y académico, en los sindicatos y organizaciones comunitarias.

Incluso su ideología, que parecía haber experimentado un verdadero **revival** bajo el influjo del neoliberalismo recibido de círculos intelectuales europeos y norteamericanos, resulta ahora que sólo ha penetrado superficialmente, y que apenas se sostiene en un

debate libre, donde todas las opiniones y argumentos pueden exhibirse y contrastarse.

La pugna en curso en torno a candidatos y listas parlamentarias que se libra en la derecha no refleja pues más que la punta de un problema más hondo y complejo. Retirado el tupido velo del autoritarismo, y obligada la derecha a valerse por sí misma, ella se descubre incapaz de dirigir a la sociedad chilena. Los candidatos ofrecen distintos paliativos para enfrentar esta situación de debilidad crónica. Uno apela a un supuesto carisma de la "atipicidad", el otro a un neopopulismo de la oferta, el de más allá a su trayectoria como especialista en asuntos de pobreza, el cuarto a los viejos estandartes de un radicalismo que no existe ya como expresión de derecha.

Tal vez solamente el Parena, y su candidato han captado la magnitud del problema que afecta a su sector y por eso no ofrecen una solución instantánea y proponen, en cambio, un horizonte de reconstrucción para la derecha democrática. Si efectivamente, como aquí se sugiere, la derecha carece de capacidad de proponerse a sí misma como clase dirigente, lo más probable es que desperdicie la oportunidad y opte por una solución más fácil: por el carisma aparente y la ilusión de una nueva figura salvadora.